



«Ponte cómodo, no
podrás soltar este libro.»

LAUREN WEISBERGER,
autora de
El diablo viste de Prada

NADA ESTÁ ESCRITO

MICHELLE
MILLER

Table of Contents

Nada está escrito

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos

MICHELLE MILLER

PLAZA  JANÉS

NADA ESTÁ

ESCRITO

Traducción de

Verónica Canales Medina



megustaleer



SÍGUENOS EN

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Para los Muppies

Siempre que sientas deseos de criticar a alguien, recuerda que no a todo el mundo se le han dado tantas facilidades como a ti.

FRANCIS SCOTT FITZGERALD,

El gran Gatsby

1

TODD

Miércoles, 5 de marzo de 2014; Nueva York

—Eres un gilipollas.

El rostro de la chica pasó de estar ruborizado a ponerse lívido mientras sacaba las piernas desnudas de debajo de las sábanas. Volvió sobre los pasos que había dado la noche anterior desde el salón hasta la cama y siguió el rastro de prendas que se había quitado, recogiénolas entre los brazos.

Todd cogió el mando a distancia y puso la MSNBC, con la esperanza de que el ruido de fondo aliviase un poco la

tensión del ambiente. Odiaba la violenta situación de la mañana siguiente.

La chica regresó al dormitorio y empezó a rebuscar su ropa interior entre las sábanas.

—Es que no... —empezó a decir mirándolo—. Es que no entiendo por qué tienes tanto miedo al compromiso.

—No tengo miedo al compromiso —se limitó a responder él.

Fingió estar absorto en el programa de televisión, donde dos comentaristas discutían de forma acalorada sobre el último escándalo en L. Cecil, que implicaba a unos corredores de bolsa quienes, presuntamente, vendieron doscientos millones de dólares en acciones a inversores incautos, a pesar de saber que estaban sobrevaloradas. Todd hizo una mueca sin separar la vista del televisor: esperaba que aquello no afectara a sus incentivos.

La chica se subió la falda hasta cubrir las delgadas caderas y se abrochó el sujetador *push up*. Tenía unos pechos bonitos, pero los muslos eran demasiado grandes y parecía la típica que se hincharía como un globo en cuanto cumpliera los treinta y cinco. Le daba un ocho sobre diez en la escala de atractivo, que era la puntuación con la que Todd se sentía más cómodo: las de ocho estaban buenas, pero su inseguridad al no ser un diez les hacía esforzarse más por agradar.

Sin embargo, en ese preciso instante, con el rímel corrido y el pelo rubio grasiento, la chica apenas llegaba al seis pelado.

—Entonces ¿por qué te niegas a invitarme a cenar? —preguntó ella en un tono suave.

Era la primera vez que dejaba de moverse desde que se había levantado de la cama.

—Porque no es lo que busco —respondió él con total sinceridad.

—¿Y yo?

La chica habló incluso más suavemente. Retorcía con fuerza las sábanas entre los dedos mientras esperaba una respuesta que no quería oír.

—Escucha, lo hemos pasado muy bien. ¿Por qué estropearlo? —dijo Todd de corazón.

Ella tensó la mandíbula y las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Quieres decir que solo soy la tía a la que te tiras.

Todd guardó silencio. Tenía que ir a trabajar.

—¿Sabes que estudié en Penn? O sea, que no soy la típica tía buena tonta. Trabajo en un prestigioso bufete de abogados. Soy la chica con la que sales, no el polvo de una noche.

—Estoy seguro de que tienes razón.

—¡Pues vamos a cenar! —espetó ella, exasperada.

—No quiero tener novia.

—Entonces ¿por qué has...?

—Fuiste tú —la interrumpió; se le había agotado la paciencia—. Tú contactaste conmigo, borracha, en un bar, a las dos de la madrugada, después de subir tu perfil a una app

de contactos con localizador de personas disponibles.
¿Qué esperabas?

Ella no desvió la mirada.

—Hook es una aplicación para conocer gente. Tú has colgado tu perfil, y se supone que eres normal. ¿Por qué yo

soy una puta por hacer lo mismo?

—No he dicho que seas una puta. He dicho que nos conocimos porque era nuestra última oportunidad de pillar

durante una noche de fiesta, y ese era el acuerdo tácito al que habíamos llegado.

—Pero de eso hace ya cuatro veces —protestó la chica.

Todd no quería hacerle daño, pero no tenía tiempo para dramas. Necesitaba centrarse por completo en su carrera;

acababa de cumplir treinta y dos años y era muy consciente de que tenía doce meses para cerrar una transacción

importante en el banco de inversiones L. Cecil si quería hacer realidad su sueño de convertirse en el director ejecutivo más joven de la prestigiosa firma de Wall Street.

—Desde entonces hemos estado conociéndonos. —Ella seguía hablando, se negaba a dejar el tema—. Hemos charlado sobre tu trabajo, te he contado cosas de mi familia, y la semana pasada llegué tarde a la oficina porque sé que te gusta el sexo por las mañanas.

Le temblaba el labio inferior.

—No te pedí que lo hicieras.

Ella se ruborizó, consciente de que era cierto.

—No me puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad.

Se volvió y terminó de vestirse, tras desistir de encontrar el tanga.

Todd siguió mirando la televisión, donde los comentaristas habían llegado a la conclusión unánime de que, aunque no fuera ilegal, el hecho de que los brokers de L. Cecil supieran que estaban vendiendo basura era algo inmoral y digno de sanción. Menudo argumento de mierda: el papel de un corredor de bolsa consiste en facilitar las inversiones.

Era responsabilidad del inversor decidir si valía la pena invertir su dinero en ellas o no.

Esperó a oír el portazo para salir de la cama. Metió su cuerpo de metro noventa y complexión de exjugador de waterpolo de primera división bajo el agua de la ducha con efecto cascada.

Llevar a las chicas a su piso o ir a casa de ellas era un eterno dilema para él. Por un lado, el carísimo minimalismo de su espacioso apartamento de una sola habitación garantizaba que cualquier mujer a la que invitara acabaría acostándose con él, aunque hubiera estado haciéndose la estrecha. Por otro lado, jugar en el campo contrario le ofrecía la ventaja de largarse cuando quisiera. Aquella última noche debería haber ido a casa de ella; sabía que se la tiraría, pero había bebido demasiados tequilas en el Monkey Bar y no pensaba con claridad cuando le envió un mensaje a través de Hook.

Se afeitó y se puso el uniforme de costumbre: traje hecho a medida, corbata de Hermès, calcetines de Armani y mocasines de Gucci. Usó la app de Uber del móvil para pedir un coche con chófer, aprobó lo que veía en el espejo y bajó las escaleras en dirección a la calle.

Al salir del edificio, encontró a la chica junto a la puerta, exhalando aire caliente sobre sus manos para protegerlas de la brisa de marzo.

—Por el amor de Dios —susurró entre dientes.

Ella lo vio y se mordió el labio inferior a modo de disculpa.

—Lo siento —dijo—. De verdad que no quería ponerme dramática, pero es que creo que esto podría ser algo más.

Bueno. . Quiero decir que yo podría ser algo más para ti. . Es que soy algo más. . Soy más que la chica que subió su perfil a Hook.

Él posó una mano sobre su cadera con delicadeza y la besó en la mejilla con ternura.

—No pasa nada —respondió—, pero estoy muy ocupado, y lo que hay ahora entre nosotros es lo máximo que puedo permitirme. Si quieres algo más, lo respeto, pero no puedo dártelo.

Ella asintió en silencio, con la mirada fija en el suelo.

—¿Volveré a verte? —preguntó con dulzura, sin levantar la vista.

—No tengo pensado marcharme a ninguna parte. —Intentó eludir la pregunta—. ¿Quieres que te pida un taxi?

La chica negó con la cabeza.

—No, iré andando.

—Está bien. Ten un buen día, ¿vale? —dijo con seguridad, y la miró con sus ojos azules y risueños.

—Vale.

La chica se alejó caminando. Sus tacones de aguja de diez centímetros y su pelo alborotado eran el estigma que la hacía destacar entre la multitud esa mañana de miércoles.

Todd subió al coche negro y accedió a su lista de Favoritos en Hook. ¿Cómo se llamaba la chica? Era algo con a. .

¿Amy?, ¿Allison? Amanda. Eso era. La localizó y borró su perfil a toda prisa.

«¿Bloquear usuario?», preguntó la app. Tecleó «Sí». «¿Hacer algún comentario?» «No.» Ella no merecía ni un minuto más de su tiempo.

La BlackBerry del trabajo que llevaba en el bolsillo vibró, así que dejó el iPhone para revisar los veintiséis correos electrónicos que había recibido durante la noche. Era el típico bombardeo de primera hora de la mañana: las últimas noticias del mercado asiático, la previsión bursátil diaria de Forex, un correo de CatherineWiley, la presidenta del banco de inversión, en el que adjuntaba una declaración de conformidad financiera para reenviar a los clientes que preguntaran sobre el escándalo bursátil que afectaba directamente a L. Cecil.

Por último, un correo de Josh@hook.com que decía:

TODD: He decidido salir a Bolsa. Quiero que lo lleves tú. JH.

Estuvo a punto de quedarse sin respiración. Releyó el mensaje y miró al conductor, como si el hombre pudiera entender la importancia de lo que tenía entre manos. Sintió que se le aceleraba el pulso: Josh Hart era el director ejecutivo de Hook, la app que no solo había mejorado considerablemente su vida sexual, sino que era la empresa más prometedora de todo Silicon Valley. La Oferta Pública de Venta de esa aplicación en concreto, lo que en el mundillo financiero se conoce como OPV, no solo enriquecería a muchísimas

personas, sino que su inclusión en la cartera de clientes de L. Cecil consolidaría sus posibilidades de ascenso. A la mierda con el puesto de director ejecutivo. Un logro de esa envergadura lo catapultaría hasta el consejo de dirección.

Fue bajando hasta la firma del correo, hizo clic sobre el nombre y el número de Josh se marcó automáticamente.

Echó un vistazo a su reloj mientras el teléfono sonaba y se dio cuenta de que eran solo las seis y cuarto de la mañana en San Francisco, aunque Josh Hart contestó al tercer tono.

—¿Diga?

—¡Josh! —exclamó Todd con entusiasmo—. Josh, soy Todd. Todd Kent. Acabo de recibir tu email y. . ¿Te llamo en

mal momento?

—No pasa nada.

Josh hablaba como un autómata.

—Escucha, yo...

Hizo un esfuerzo por recuperar la compostura. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que había hablado en persona con Josh Hart. Se conocieron en un club de esriptis en Las Vegas, hacía dos años, durante la Feria Internacional de Electrónica de Consumo. Josh era un friki de los ordenadores de piel blancuzca, marcadas ojeras y una cabellera de pelo rizado que le daba aire de niñato. Llevaba una sudadera y unos chinos de pinzas. Todd lo vio desde la otra punta de la sala y lo invitó a su mesa. Pensó que para que un tío con esas pintas lograra entrar en un club así debía de ser un pez gordo. Josh se sentó y comenzó a observar con detalle a las bailarinas, como si fueran extraterrestres, retorciéndose nervioso cada vez que Todd intenta-

ba preguntarle sobre su estrategia financiera o buscaba una forma de proponerle la participación de L. Cecil.

Al final de la noche, le había entregado su tarjeta y no había vuelto a tener noticias suyas. A pesar de todo, algo debió de hacer bien, pensó, porque, dos años más tarde, Josh se había puesto en contacto con él con la mejor oferta de negocio de toda su vida.

—Solo quería saber qué tenías pensado para nuestra colaboración en la salida a Bolsa de Hook —dijo por fin.

—Ya te lo he dicho en el correo. —Josh parecía molesto, como si un mensaje de una sola frase bastara para poner

en marcha una OPV—. He decidido lanzar Hook a Bolsa y quiero que te encargues del contrato de colocación. Quiero recaudar mil ochocientos millones de dólares gracias a una valoración de catorce mil millones de los activos financieros.

Todd parpadeó asombrado: Hook todavía no había generado ganancias, y Wall Street empezaba a cuestionarse el

valor de las apps de redes sociales. Además, aunque existían dudas sobre la buena marcha de Facebook, el precio de sus acciones subía como la espuma. Pensándolo mejor, si Facebook valía ciento cincuenta mil millones de dólares, Hook seguramente valdría más de catorce mil millones.

—Esas cifras parecen razonables. El procedimiento típico consiste en hacer pública la oferta de la OPV para que

distintos bancos de inversión hagan sus presentaciones comerciales y tú elijas. .

—No quiero ofertar la OPV, quiero que te encargues tú.

Le daba vueltas la cabeza. Siempre se ofertaba la OPV a varias entidades financieras. ¿Era legal saltarse ese paso?

—Eso es genial. Es decir, haciéndolo así ahorramos muchísimo tiempo —dijo—. Entonces hablaré con mi jefe, Larry, es quien se encargará de..

—No —lo corrigió Josh—. He dicho que quiero que lo hagas tú. Tú y nadie más.

—¿Cómo? ¿Yo?

—Sí —insistió—. ¿No te dedicas a eso? ¿A dirigir operaciones financieras?

—Bueno, sí, he cerrado docenas de contratos, pero esto es algo muy gordo, y hay personas con mucha más experiencia que...

Todd dejó su propia frase inacabada. El hecho de que Larry llevara más tiempo en el banco no quería decir que

supiera más que él. Larry tenía cuarenta y cinco años y estaba casado, ¿qué podía saber él sobre una app de contactos basada en la localización de los usuarios, cuyos principales clientes pertenecían a otra generación? Si Josh, con solo treinta años, había fundado una empresa como Hook, él sin duda podía encargarse de su OPV.

—Sí —se retractó—, desde luego que puedo encargarme de tu cuenta.

—Bien —zanjó Josh—. Nos reuniremos aquí mañana para cerrarlo.

—¿Mañana? —Se echó hacia delante—. Todavía tengo que redactar el contrato y... —Pensó a toda prisa. ¿Qué más

tenía que hacer?—. Necesito escoger a los mejores miembros para el equipo.

—¿Un equipo?

—Sí, claro, habrá que consultar a un par de analistas y a un socio de la firma, además de algún especialista en mercados de renta variable para que nos asesore sobre las condiciones de la Bolsa y la gira de presentación de la empresa, y seguramente tendremos que . .

—Tres. Quiero solo tres personas más, como máximo.

Se le escapó la risa.

—Para una operación de esta envergadura, lo mejor sería contar con. .

—Voy a dejarte algo muy claro —lo interrumpió Josh—. Odio Wall Street. Sois todos una panda de imbéciles que no

hacéis más que meteros en largos procedimientos para sacar beneficio de la ineficacia que generáis. Si pudiera obtener los mil ochocientos millones de dólares sin vuestra ayuda, lo haría, pero, en plena creación de una empresa, no tengo tiempo de encargarme también de la industria de servicios financieros.

Todd se había quedado boquiabierto. Al haberse criado en el norte de California, sabía muy bien que los frikis de la tecnología detestaban Wall Street, aunque hacía falta tenerlos muy bien puestos para rebelarse contra un sistema que funcionaba desde hacía décadas.

—Así que puedes contar con tres personas en tu equipo —prosiguió Josh—, pero como haya algún soplapollas entre ellos, se acabó el trato. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, muy claro.

—Vale. Entonces nos vemos el viernes.

—El viernes —asintió. Al menos había ganado un día—. Nos vemos el viernes. Estoy impaciente por. .

Oyó que Josh colgaba y se quedó mirando el móvil. ¿Lo que acababa de ocurrir había sido real?

—Hemos llegado —anunció el conductor mientras Todd terminaba la llamada.

Levantó la vista y volvió a la realidad. Contempló el edificio de la sede de L. Cecil en Park Avenue a través de la ventanilla. Había pasado todos los días de la semana y casi todos los fines de semana de los últimos diez años en ese lugar, salvo por las dos semanas de vacaciones anuales a las que la legislación obligaba a los banqueros para evitar el intercambio de información privilegiada. El edificio de cristal se elevaba con sus cuarenta y tres pisos hasta el cielo, y la luz del alba se reflejaba en las ventanas espejadas. Las letras metálicas L. CECIL colgaban sobre la puerta giratoria de la entrada, separada de la acera por un muro coronado de flores que pretendía darle un aspecto más amigable, aunque no demasiado, no fuera que los transeúntes se sintieran invitados a entrar.

Tipos trajeados mostraban con gesto automático sus identificaciones de seguridad al entrar en el edificio como un torrente imparable, y todos ellos lo hacían con la esperanza de que esa fuera la jornada en la que cerrarían el trato que les permitiese pasar de ser una pieza más del engranaje a inventar su propio mecanismo. Cayó en la cuenta de que ese día había llegado para él. Josh podía ser un capullo arrogante, pero iba a conseguir que Todd fuera uno de los banqueros de negocios más poderosos de la historia. Joder, se trataba de algo gordo.